

La Biblioteca Infinita

¿Significa el plan de Google para digitalizar millones de libros impresos la muerte de las bibliotecas, o su renacimiento?

Por Wade Roush
Ilustración de Bruce McCall

LA BIBLIOTECA BODLEIAN de la Universidad de Oxford en Inglaterra es el único lugar en el que es probable que encuentre un puerto Ethernet que tiene el aspecto de un libro. Integrados en las antiguas estanterías para libros que dominan el ala más antigua de la biblioteca de 402 años, los puertos de plástico marrón comparten espacio en los estantes con catálogos escritos a mano de los manuscritos medievales de la Universidad y otros materiales. Algunos de los volúmenes están aún encadenados a los estantes, una innovación del siglo XVII pensada para evitar robos. Pero gracias a los puertos Ethernet y al esfuerzo de la Universidad para digitalizar libros irremplazables como los catálogos - que contienen a menudo la única pista para localizar un libro oculto o un manuscrito en otro lugar de la vasta biblioteca - los usuarios de la Bodleian ni siquiera necesitan sacar los libros de los estantes. Pueden enchufar directamente sus ordenadores portátiles, conectarse a Internet y consultar las páginas pertinentes on line. De hecho, cualquiera que tenga un navegador web puede leer los catálogos, un privilegio antes restringido a los afortunados que enseñaban o estudiaban en Oxford.

La digitalización del enorme almacén mundial de libros de bibliotecas - un esfuerzo que data de principios de la década de los 90 en el Reino Unido, Estados Unidos y otros lugares - ha sido un proceso lento, caro y con fondos insuficientes. Pero en diciembre del año pasado los bibliotecarios recibieron una agradable sorpresa. El gigantesco buscador Google anunció planes ambiciosos para ampliar su servicio de "Impresión Google" convirtiendo el texto íntegro de millones de libros de bibliotecas en páginas web susceptibles de búsqueda. En el momento del anuncio, Google ya había establecido acuerdos con cinco colaboradores, que incluían las bibliotecas de Oxford, Harvard, Standford y la Universidad de Michigan, junto con la Biblioteca Pública de Nueva York. Y seguro que la lista sigue ampliándose.

La mayoría de los bibliotecarios están fascinados por el anuncio Y dicen que probablemente será recordado como el momento

de la historia en que la sociedad se tomó finalmente en serio hacer el conocimiento omnipresente. Brewster Kahle, fundador de una biblioteca digital no lucrativa conocida como el Archivo de Internet, describe el movimiento de Google como "inmenso... Legítima la idea general de hacer digitalización a gran escala".

Pero algunas de estas personas, incluyendo a Kahle, consideran que los esfuerzos de Google y otras empresas similares obligarán a las bibliotecas y a los bibliotecarios a reexaminar sus principios esenciales, incluyendo su compromiso con la propagación gratuita del conocimiento. Después de todo, dejar que una organización con fines lucrativos como Google medie en el acceso a libros de bibliotecas podría revelar reservas de la sabiduría humana ocultas durante mucho tiempo o constituir el primer paso hacia la privatización de la herencia literaria del mundo. "Se podría pensar que, si las bibliotecas son serias a la hora de proporcionar acceso a material de alta calidad, ¿qué puede tener de malo la idea de que alguien digitalice ese material rápidamente?", dice Abby Smith, Director de Programas del Consejo de Recursos de Bibliotecas de Información, un organismo sin ánimo de lucro de Washington, DC, que ayuda a las bibliotecas a gestionar la transformación digital. "No obstante, algunos bibliotecarios están muy preocupados por las condiciones de acceso y por el hecho de que una entidad comercial tenga el control de materiales que han sido recopilados por las bibliotecas".

También están preocupados por el propio negocio del libro. Los editores y los autores cuentan con estrictas leyes de derechos de reproducción para impedir las copias y la reutilización de su propiedad intelectual hasta después de que hayan recuperado sus inversiones. Pero las bibliotecas que permiten que muchos lectores utilicen el mismo libro, han disfrutado siempre de algo parecido a una exención de la legislación sobre los derechos de reproducción. Ahora la digitalización en masa de los libros de las bibliotecas amenaza con hacer su contenido exactamente igual de



PRINTING

FIND
ALL
AUTHORS

QUIET

BRUCE McCALL

vulnerable - o expuesto a la piratería, dependiendo del punto de vista de cada uno - que la música digital. Y esto involucra directamente a las bibliotecas en la pelea entre las grandes compañías de medios de comunicación y aquellos que quisieran que toda la información fuera gratuita, o por lo menos lo más barata posible.

Independientemente de lo que ocurra, el hecho de transformar millones de libros en bits seguro que cambiará los hábitos de los clientes de las bibliotecas. ¿Qué será entonces de las bibliotecas propiamente dichas? Una vez que el conocimiento contenido actualmente en la página impresa pase a la web, donde la gente puede acceder a él desde sus oficinas y lugares de residencia, las bibliotecas podrían convertirse en cavernas solitarias habitadas principalmente por preservacionistas. Sacar prestado un libro de una biblioteca podría llegar a ser tan anacrónico como ir a una agencia de viajes para reservar un vuelo o enviar una carta manuscrita por correo.

No obstante, es sorprendente que la mayoría de los que respaldan la digitalización de las bibliotecas esperan exactamente el efecto opuesto. Señalan que las bibliotecas de los Estados Unidos están ganando usuarios a pesar de la aparición de la web y que se están construyendo o renovando bibliotecas a un ritmo sin precedentes (la Biblioteca Central de Seattle del arquitecto Rem Koolhaas, por ejemplo, es la nueva joya del centro de esa ciudad). Y predicen que los ciudadanos del siglo XXI acudirán a sus bibliotecas locales en cantidades aún mayores, ya sea para utilizar sus terminales gratis de Internet, para consultar a especialistas de referencia o para buscar copias físicas de libros sujetos a derechos de reproducción (según el modelo de Google, en la web sólo podrán verse fragmentos de esos libros a menos que sus autores y editores acuerden lo contrario). Y, si tenemos en cuenta que la inundación de nuevos materiales digitales hará aún más exigente el trabajo de clasificar, catalogar y guiar a los lectores a los textos correctos, los bibliotecarios podrían llegar a estar más ocupados que nunca.

“Me indigna la presunción de que, después de digitalizar, no queda nada por hacer”, dice Donald Waters, un ex-director de la Federación de Bibliotecas Digitales que supervisa ahora las extensas inversiones filantrópicas de la Fundación Andrew W. Mellon en proyectos para mejorar la comunicación entre eruditos. “Hay muchísimas cosas que hacer, y la digitalización es sólo arañar la superficie”.

Naturalmente, la propia digitalización supone un gran reto. Escanear a gran velocidad las páginas de frágiles libros antiguos sin dañarlos, es un problema en el que se está aún trabajando, al igual que la cuestión de cómo almacenar y conservar su contenido una vez que esté en formato digital. La iniciativa de Google también ha ampliado un debate constante entre bibliotecarios, autores, editores y tecnólogos sobre cómo garantizar el acceso más completo posible a los libros digitalizados, incluyendo los que sigan estando sujetos a derechos de reproducción (lo que en Estados Unidos significa todo lo publicado después del 1 de enero de 1923). Las apuestas son altas, tanto para Google como para la comunidad de las bibliotecas, y las tecnologías y los acuerdos comerciales que ahora están llevándose a cabo podrían determinar cómo utilizará la gente las bibliotecas durante las próximas décadas.

“La industria tiene recursos para invertir que nosotros ya no tenemos ni nunca tendremos”, señala Gary Strong, bibliotecario

en la Universidad de California, Los Ángeles, que cuenta con sus propios programas de digitalización agresiva. “Y han venido a las bibliotecas porque tenemos depósitos masivos de información. Así que somos socios naturales en esta aventura y todos ponemos sobre la mesa competencias diferentes. Pero estamos redefiniendo la propia mesa. Ahora que estamos definiendo nuevos canales de acceso, ¿cómo podemos asegurarnos de que toda esta información es utilizable?”.

Rompiendo límites

Incluso para los usuarios autorizados, el acceso a los siete millones de volúmenes de la Biblioteca Bodleian es cualquier cosa menos instantáneo. Si usted es un estudiante de Oxford que necesita un libro, primero tiene que enviar una solicitud a un empleado que trabaja en las estanterías subterráneas de la biblioteca. (Antes del año 2000 aproximadamente, hubiera tenido que entregar una ficha de solicitud escrita a un bibliotecario, que a su vez la hubiera enviado a las estanterías a través de una red de tubos neumáticos de la época de 1940). El empleado localiza el libro en un laberinto de estanterías móviles (una innovación para ahorrar espacio ideada en 1898 por el ex-primer ministro británico William Gladstone) y lo coloca en un cajetín de plástico. Un ingenioso sistema de correas transportadoras y ascensores, construido también en los años 40, lleva el cajetín a cualquiera de las siete salas de lectura, donde se desempaqueta y se hace entrega del libro.

El proceso puede llevar desde 30 minutos hasta varias horas. Pero, una vez que usted tiene por fin el libro, no piense siquiera en llevárselo a su residencia para poder estudiarlo allí. La Bodleian es una biblioteca de depósito legal sin circulación, lo que significa que está autorizada para tener una copia gratis de cada libro publicado en el Reino Unido y en la República de Irlanda y guarda celosamente esas copias. La biblioteca recibe decenas de miles de libros cada año, pero cuenta la leyenda que ningún libro ha salido nunca de sus paredes.

Pero un libro digital no necesita ser prestado para ser compartido. Y las diversas bibliotecas de Oxford han creado ya imágenes digitales de muchos de sus más grandes tesoros, desde manuscritos en latín de iluminados del siglo IX hasta abecedarios para niños del siglo XIX. La mayoría de esas imágenes pueden visualizarse en alta resolución en la web. La única pega es que los eruditos tienen que saber por anticipado lo que están buscando, ya que muy pocas de las páginas digitales son susceptibles de búsqueda. La tecnología de Reconocimiento Óptico de Caracteres (OCR) aún no puede interpretar la escritura a mano, de manera que para encontrar el contenido de esos libros mediante los buscadores de hoy en día hay que teclear sus textos en ficheros separados vinculados a las imágenes originales. Un equipo de tres personas de Oxford, en colaboración con bibliotecarios de la Universidad de Michigan y otras 70 universidades, está haciendo precisamente eso para una gran recopilación de libros ingleses antiguos, pero todo este esfuerzo da lugar a texto susceptible de búsqueda sólo para 200 libros al mes. A ese ritmo, hacer que un millón de libros sean susceptibles de búsqueda llevaría más de 400 años.

Ahí es donde los recursos de Google supondrán una diferencia. Susan Wojcicki, Directora de Productos del campus de Mountain View, California, de Google y Jefe de Proyecto de Im-

presión Google, lo expresa claramente: “En Google somos buenos haciendo cosas a gran escala”.

Google ya copiado e indexado aproximadamente ocho mil millones de páginas web, lo que da credibilidad a su afirmación de que puede digitalizar muchos de los 60 millones de volúmenes (contando los duplicados) conservados en Harvard, Oxford, Stanford, la Universidad de Michigan y la Biblioteca Pública de Nueva York en cuestión de años. Será una tarea compleja, pero que, en cierta manera, es familiar para la compañía. “No se trata sólo de meter los libros en una especie de máquina digitalizadora, sino de obtener realmente los ficheros digitales, desplazar esos ficheros, almacenarlos, comprimirlos, pasarlos por el OCR, indexarlos y colgarlos en el servidor”, señala Wojcicki. En ese sentido es un proceso similar a todos los demás negocios de Google, en los que estamos gestionando grandes cantidades de datos”. Pero todo el proyecto, admite Wojcicki, depende de esas máquinas digitalizadoras: un parque de cámaras robóticas sujetas a derechos de propiedad, aún en desarrollo, que convertirán la digitalización de libros impresos en un verdadero proceso de línea de ensamble y que, en teoría, reducirán el coste aproximadamente a 10\$ por libro, en comparación con el mínimo de 30\$ por libro actual.

Ni Google ni sus bibliotecas colaboradoras han anunciado exactamente cómo funcionará el proceso. Pero John Wilkin, bibliotecario universitario asociado de la Universidad de Michigan, dice que será algo así: “Metemos en un carro todo un estante lleno de libros, manteniendo intacto el orden. Los sacamos y los pasamos por un lector de códigos de barras. Durante la noche el software obtiene todos los códigos de barras, extrae los registros

que mezcla fragmentos pertinentes de libros recientemente publicados con los resultados habituales ofrecidos por su buscador web. Un usuario que hace clic en un resultado de Impresión Google verá una imagen de la página del libro que contiene su palabra clave, junto con vínculos a los sitios de minoristas que venden la versión impresa del libro y anuncios relacionados con la palabra clave que se ha vendido a los mejores postores a través del programa AdSense de Google.

¿Molesta a los bibliotecarios que pueda colgarse en el servidor Moby-Dick junto con un anuncio del último CD de Moby? “Decir que no nos hemos preocupado por eso sería falso”, dice Wilkin. “Pero Google tiene un perfil de ‘buen ciudadano’. La manera en que utilicen AdSense no me preocupa. Y si de repente se controlara el acceso y hubiera un coste por ver los materiales, podríamos seguir ofreciéndolos gratis nosotros mismos, o por lo menos los materiales que no estuvieran sujetos a derechos de reproducción”.

De hecho, Google puede poner en línea por sí sólo los textos completos de esos materiales de dominio público. En el futuro, Google podría incluso utilizar esos materiales para crear una especie de equivalente literario de la web, dice Wojcicki. “Imagine coger toda la biblioteca de Harvard y decir ‘Dime todos los libros en los que aparece esta persona específica’ Eso en sí mismo sería muy eficaz para los eruditos. Pero entonces se podría empezar a ver conexiones entre libros”, es decir, qué libros citan a otros libros y en qué contextos, de la misma manera que los sitios web hacen referencia a otros sitios a través de hipervínculos. “Imagine simplemente las posibilidades que eso supondría”.

(El ejemplo de Wojcicki demuestra cómo la historia puede, de hecho, cerrar un círculo completo. Los fundadores de Google Larry Page y Sergey Brin desarrollaron BackRub, el predecesor del buscador de Google, mientras trabajaban en un primer proyecto de digitalización de bibliotecas en Stanford que estaba subvencionado en parte por la Iniciativa de Bibliotecas Digitales de la Fundación Nacional de la

Ciencia. Y PageRank, el algoritmo de búsqueda esencial de Google, que ordena los sitios en los resultados de búsqueda basándose en el número de otros sitios que están enlazados con ellos, es simplemente una versión científica informática de análisis de citas utilizada desde hace mucho tiempo para valorar la influencia de artículos de revistas técnicas impresas).

La biblioteca de Michigan, dice Wilkin, puede hacer lo que quiera con los escaneados digitales de sus propios fondos, siempre que no los compartan con compañías que puedan utilizarlos para competir con Google. Estas limitaciones pueden resultar incómodas, pero la mayoría de los bibliotecarios dicen que pueden vivir con ellas, teniendo en cuenta que sus fondos no podrían digitalizarse en absoluto sin la ayuda de Google.

¿Puertas cerradas?

Pero otros son más cautos en cuanto al salto que están dando las bibliotecas colaboradoras de Google. Brewster Kahle, que es descrito a menudo como un visionario inspirador y a veces como un idealista poco práctico, fundó el Archivo de Internet sin ánimo de lucro en 1996 con el lema “acceso universal al conocimiento hu-

Nadie cree que la biblioteca esté desapareciendo como espacio físico. La verdadera pregunta es ¿cuál es la ‘propuesta de valor’ que ofrecen en un futuro digital?” —Abby Smith

legibles por máquina del catálogo electrónico de la universidad y envía los registros a Google, de manera que se puede comprobar su coincidencia con los libros. A continuación llevamos el carro a la sala de operaciones de Google”.

Esta sala contendrá múltiples estaciones de trabajo para poder digitalizar varios libros en paralelo. Google está diseñando las máquinas para minimizar el impacto sobre los libros, según Wilkin. Escanean los libros en orden y nos devuelven el carro”, continúa. “Los volvemos a comprobar de nuevo y marcamos los registros para indicar que han sido escaneados. Finalmente, los ficheros digitales se envían en un formato sin procesar a un centro de datos de Google y se procesan para obtener algo que usted pueda utilizar”.

La web del libro

No obstante, la forma exacta en la que los lectores podrán utilizar el material resulta aún poco clara. Google dará a cada biblioteca que participe una copia de los libros que haya digitalizado y conservará otra para sí mismo. Inicialmente, Google utilizará su copia para aumentar su programa de Impresión Google existente,

mano”. Desde entonces, el archivo ha conservado el equivalente a más de un petabyte de páginas web (un petabyte es un millón de gigabytes), junto con 60.000 textos digitales, 21.000 registros de conciertos en directo y 24.000 archivos de vídeo, desde películas comerciales hasta emisiones de noticias. Todo puede verse gratuitamente en www.archive.org y, como podría adivinarse, Kahle aduce que todos los materiales de biblioteca digitales deben ser tan gratuita y abiertamente accesibles como lo son ahora los materiales de las bibliotecas físicas.

Ésa no es una idea tan radical; el acceso gratis y abierto es exactamente lo que han proporcionado tradicionalmente las bibliotecas públicas, como almacenes de libros y publicaciones periódicas. Pero el propio hecho de que los ficheros digitales puedan compartirse mucho más fácilmente que los libros físicos (hecho que asusta a los editores igual que asusta a las compañías discográficas la compartición de ficheros MP3) podría dar lugar a límites de redistribución que impedirían a las bibliotecas dar a sus clientes tanto acceso como quisieran a sus colecciones digitales. “Google nos ha llevado a un punto crítico que podría definir cómo puede avanzar el acceso a la literatura mundial”, dice Kahle.

En opinión de Kahle, todos los esfuerzos de digitalización anteriores han seguido uno de tres caminos que, con una pizca de ostentación oratoria, se denominan Puerta Uno, Puerta Dos y Puerta Tres (Kahle reconoce francamente que su imagen está simplificada y que éstos no son los únicos caminos abiertos actualmente a las bibliotecas).

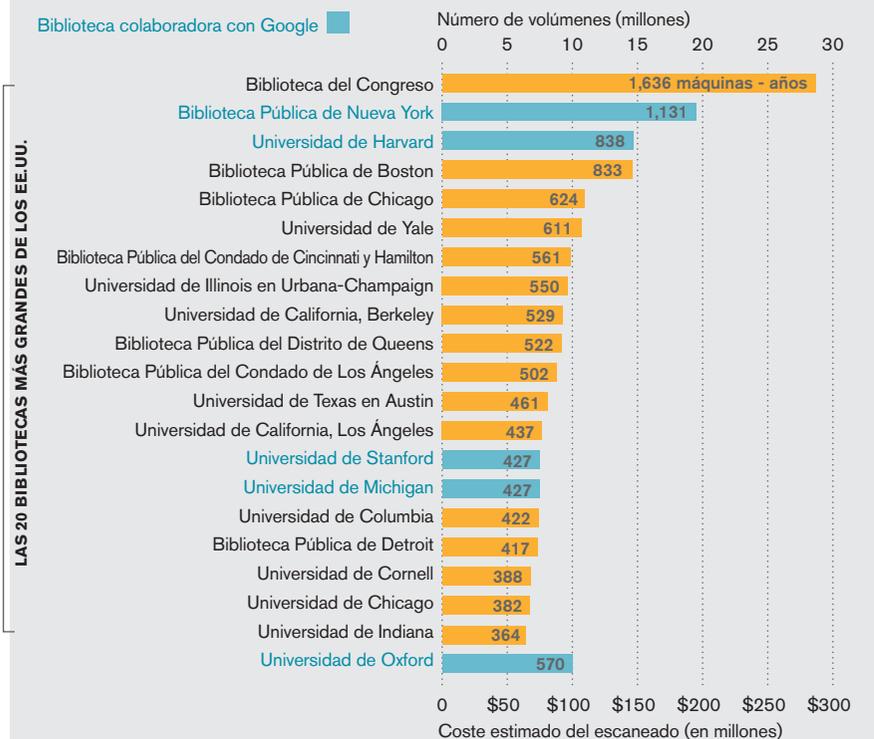
La Puerta Uno, dice Kahle, está personalizada por Corbis, una firma concesionaria de imágenes propiedad del fundador de Microsoft Bill Gates. Desde principios de la década de 1990, Corbis ha adquirido derechos de reproducción digital de obras de la Galería Nacional de Londres, el Museo Hermitage de San Petersburgo, Rusia, el Museo de Arte de Filadelfia y más de otros 15 museos. En algunos casos, hoy en día es imposible utilizar esas imágenes sin pagar a Corbis. “Esta organización se puso en marcha digitalizando lo que era de dominio público básicamente poniéndolo bajo control privado”, dice Kahle. “Lo mismo podría ocurrir con la literatura digital. De hecho, es el caso por defecto”.

Detrás de la Puerta Dos coexisten pacíficamente bases de datos públicas y privadas paralelas. Aquí, Kahle cita el Proyecto del Genoma Humano, que culminó en dos versiones de la secuencia del ADN del genoma humano, una versión libre obtenida por científicos con fondos gubernamentales y una versión privada obtenida por Rockville, Celera Genomics con sede en Maryland, y utilizada por compañías farmacéuticas para utilizar nuevos candidatos a fármacos. El modelo ha funcionado bien en genómica y Google parece que está estableciendo un camino similar ya que conserva una copia de cada colección de la biblioteca para sí misma y entrega la otra. Sin embargo, Kahle está preocupado porque las restricciones que Google impone a las bibliotecas impedirán que trabajen con otras compañías u organizaciones para difundir textos digitales. Podría prohibirse, por ejemplo, que las bibliotecas aportaran material a proyectos tales como el Bookmobile del Archivo de Internet, una furgoneta con acceso vía satélite a Internet que permite descargar e imprimir cualquiera de los 20.000 libros de dominio público.

La Puerta Tres, la favorita de Kahle, se basa en nuevas alianzas por las que empresas privadas ofrecen acceso comercial a libros digitales mientras que se permite que entidades públicas, como bibliotecas, proporcionen libre acceso para investigación y estudio. En este punto su principal ejemplo es la colaboración del Archivo de Internet con Alexa, una compañía fundada por el propio Kahle en 1996 y vendida a Amazon en 1999. Alexa clasifica los sitios web de acuerdo con el tráfico que atraen, y sus servidores, como los de Google, rastrean constantemente Internet, haciendo copias de cada página que encuentran. Pero transcurridos seis meses Alexa dona esas copias al Archivo de Internet, que las conserva para un uso no comercial. “Jeff [Bezos, Consejero Delegado de Amazon] estaba de acuerdo con la idea de que hay cosas que pueden explotarse con fines comerciales durante un determinado período de tiempo, y después se publican”, dice Kahle. “Las bibliotecas y las editoriales han existido siempre en el mundo físico sin perjudicarse las unas a las otras; de hecho, se apoyan mutuamente. Lo que nos gustaría es que esta tradición no muriese con esta transformación digital”.

De libros a bits

El esfuerzo de digitalización de Google será caro y llevará tiempo. El siguiente gráfico muestra cuánto tiempo necesitaría una sola máquina de escanear libros para escanear las colecciones de las mayores bibliotecas de los Estados Unidos, más la Universidad de Oxford. Naturalmente, cuantas más máquinas utilice Google, antes acabarán.



NOTAS: EL TIEMPO DE ESCANEADO DE LA MÁQUINA SUPONE UNA VELOCIDAD MEDIA DE 30 MINUTOS POR LIBRO. COSTES DE ESCANEADO BASADOS EN UNA ESTIMACIÓN DE 10\$ POR LIBRO. FUENTES: ASOCIACIÓN AMERICANA DE BIBLIOTECAS, BIBLIOTECA DEL CONGRESO, BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVA YORK.

Así que ¿qué alternativa es la que se acerca más a los planes de Google? Google no es Corbis, dice Wojcicki, pero está no obstante limitada en lo que puede compartir. “La Puerta Uno no fue nunca nuestra intención ni es siquiera práctica”, dice ella. “Y no podemos hacer la Puerta Tres, porque no somos los titulares de los derechos de mucho de este material. Así que la Puerta Dos es probablemente nuestro destino. Estamos intentando ser lo más abiertos posible, pero tenemos que respetar nuestros acuerdos con diferentes partes”.

Precisamente para evitar cuestiones acerca de los derechos de reproducción, los bibliotecarios de Oxford han decidido que sólo se entregarán a Google para su digitalización libros del siglo XIX y de principios del siglo XX. “Algunas de las demás bibliotecas, incluyendo Harvard, han aceptado que se digitalice algún material sujeto a derechos de reproducción”, dice Ronald Milne, Director en funciones de la Biblioteca Bodleian. “Son muy valientes al querer asumir eso. Pero nosotros no quisimos especialmente meternos en eso porque supone mucho jaleo, y no quisimos cruzar la línea de la legislación sobre libros”.

Al mismo tiempo, sin embargo, la Asociación Americana de Bibliotecas es uno de los defensores más ruidosos de la legislación propuesta para reforzar las disposiciones de “uso justo” de la legislación federal de derechos de reproducción, que autoriza al público a reproducir partes de obras sujetas a derechos de reproducción con fines de comentario o crítica. Y dos de las universidades colaboradoras de Google - Harvard y Stanford - son también partidarios de la Chilling Effects Clearinghouse, un sitio web que controla las alegaciones de infracción de derechos de reproducción presentadas contra responsables de sitios web, autores de cuadernos de bitácora y otros editores en línea según la polémica Ley de Derechos de Reproducción Digital del Milenio (DMCA) de 1998. La digitalización en masa puede eventualmente obligar a redefinir el concepto de uso justo, creen algunos bibliotecarios. Cuanta más literatura de dominio público aparezca en la web a través de Impresión Google, mayor será la probabilidad de que los ciudadanos pidan una manera equitativa pero económica de ver una masa mucho mayor de libros sujetos a derechos de reproducción. “Creo que esto será otro elemento bueno de presión, otro factor en el debate general sobre la DMCA”, dice Wilkin.

La cámara mezcladora

Si usted tiene más de 30 años, las bibliotecas de hoy probablemente no tienen nada que ver con las que recuerde de su niñez. Entre en cualquier biblioteca importante hoy y encontrará un arsenal de ordenadores y un pelotón de especialistas, desde los bibliotecarios de referencias, que son expertos en acceder a recursos en línea, hasta los funcionarios de adquisiciones que deciden qué libros, CD, DVD y suscripciones comprar, y hasta los gurús informáticos que mantienen en funcionamiento la red del edificio.

La digitalización y el creciente poder de Internet están haciendo más complejos todos los trabajos de esta gente. Los expertos en adquisiciones, por ejemplo, ya no pueden fiarse simplemente del filtro de calidad tradicional impuesto por la industria editorial; deben evaluar una masa de material mucho mayor, desde libros impresos recién digitalizados hasta millones de páginas web, cuadernos de bitácora y nuevos sitios que nacen

siendo digitales. “En Internet editar es una actividad promiscua”, observa Abby Smith del Consejo de Información y Recursos de Bibliotecas. “Las bibliotecas están confusas y se enfrenta al reto de cómo recopilar y seleccionar ese material”.

También están entonces los problemas de catalogar y preservar los fondos digitales. Sin sus “metadatos” correctos vinculados - autor, editor, fecha y demás información que aparecía antes en los catálogos de fichas físicas de las bibliotecas - un libro digital es como si estuviera perdido. Pero crear estos metadatos puede ser laborioso y no existe ninguna norma internacional que regule qué clases de datos deben registrarse. Y teniendo en cuenta el período de vida limitado de cada nuevo formato de datos o medio de almacenamiento electrónico (¿ha utilizado usted últimamente un diskette?), mantener vivos los materiales digitales para las futuras generaciones será, irónicamente, mucho más costoso y complicado que dejar simplemente un libro en papel en un estante de la biblioteca.

Pero incluso si cada libro se reduce a unos pocos megabytes de unos y ceros que residan en algún servidor de la web sin sitio fijo, las propias bibliotecas probablemente persistirán. “No hay ningún bibliotecario que piense que la biblioteca está desapareciendo como espacio físico”, dice Smith. La exuberante Biblioteca Central Nueva de Seattle, por ejemplo, está construida alrededor de una rampa en espiral de cuatro plantas que permite una inmediatez de acceso a su colección de libros físicos sin precedentes. Al mismo tiempo, la biblioteca ofrece 400 ordenadores de uso público (en comparación con los 75 que tenía anteriormente), acceso Wi-Fi en todo el edificio y una “cámara mezcladora” de alta tecnología en la que un equipo de referencia interdisciplinario utiliza un conjunto de recursos de impresión y electrónicos para responder a las preguntas de los clientes. Más de 1,5 millones de personas visitaron la nueva biblioteca en 2004, casi tres veces la población total de Seattle.

“La verdadera pregunta para las bibliotecas es ¿cuál es la ‘propuesta de valor’ que ofrecen en un futuro digital?”, dice Smith. “Creo que será la que ha sido siempre: su aptitud para explorar un gran universo de conocimiento existente, elegir un subconjunto de éste y agruparlo para su descripción y catalogación de manera que la gente pueda encontrar fácilmente información fiable y auténtica”. La única diferencia: los bibliotecarios tendrán un universo mucho más grande por el que navegar.

Stephen Griffin, el ex-director de la Iniciativa de Bibliotecas Digitales de la Fundación Nacional de la Ciencia (un proyecto de la época de Clinton que subvenciona diversos estudios de ciencia informática en las universidades sobre la gestión de colecciones electrónicas), tiene una opinión ligeramente diferente. Si se le pregunta cómo cree que funcionarán las bibliotecas en 2020 ó 2050 - una vez que Google o sus sucesores hayan terminado de digitalizar el conocimiento mundial impreso -, él contesta desde el punto de vista del lector. “La cuestión es cómo se sentirá la gente cuando entre en las bibliotecas”, dice. “Espero que sientan lo mismo, que las sigan viendo como un lugar muy acogedor que va a ayudarles a encontrar la información que necesitan. A medida que vayamos introduciendo más tecnología, el concepto de biblioteca como lugar para libros puede cambiar un poco. Pero espero que la gente las considere siempre un sitio confortable para pensar”. ■